



LA EDUCACIÓN, UN VALOR ESENCIAL DE JOSÉ GREGORIO HERNÁNDEZ

Dr. Antonio Pérez Esclarín

Licenciado en Filosofía. Universidad Católica del Ecuador

Master in Divinity. Woodstock College of de New York.

Licenciado en Educación. Universidad Experimental Simón Rodríguez. Venezuela.

Doctor en Filosofía. Universidad Católica del Ecuador

(pesclarin@gmail.com)

@pesclarin

www.antonioperezesclarin.com

LA EDUCACIÓN, UN VALOR ESENCIAL DE JOSÉ GREGORIO HERNÁNDEZ

Resumen.

En los momentos en que estamos sufriendo en Venezuela una profunda crisis humanitaria, agudizada por la pandemia del Covid 19, y la educación, tan necesaria para la reconciliación y el progreso, a duras penas sobrevive, el ejemplo de José Gregorio y su amor a la educación, debe motivarnos a trabajar por entrega y entusiasmo para rescatar la educación como medio esencial para reconstruir a Venezuela. José Gregorio fue un alumno ejemplar y un profesor responsable y entregado. Apasionado de la formación permanente, durante toda su vida mostró un hambre insaciable de aprender pero no para aumentar el currículo y considerarse superior a los demás, sino para crecer como persona, como ciudadano y como cristiano y de este modo servir mejor a Venezuela y los venezolanos

Introducción.

José Gregorio es un personaje apasionante, expresión de esos valores profundos sembrados por la familia en el corazón de esa Venezuela rural, retrasada y pobre, pero de una gran vitalidad. En tiempos muy difíciles, en una Venezuela devastada por las guerras, las enfermedades y la miseria, José Gregorio fue labrando su camino exitoso y ejemplar tanto en lo profesional

como en el campo espiritual a base de esfuerzo, tesón y mucho sacrificio. Su beatificación, tan esperada y celebrada por el pueblo venezolano, debe ser una oportunidad para reconstruir a Venezuela sobre los valores ciudadanos que José Gregorio practicó de un modo tan sobresaliente que le han hecho merecedor no sólo de la admiración y el cariño del pueblo venezolano, sino de su ascenso a los altares. Entre ellos, la responsabilidad, la honestidad, el esfuerzo, su dedicación al estudio y el trabajo, su desprendimiento y generosidad que le llevaban a atender a los más pobres sin cobrarles e incluso les regalaba las medicinas, su fe valiente y encarnada en el servicio a todos, su respeto a los que pensaban de un modo completamente distinto a él, la piedad, el amor a la familia, a la iglesia y al país

José Gregorio asumió y vivió la educación como un valor fundamental y medio esencial para robustecer otros valores esenciales, humanizar el país y realizar el proyecto de Dios que quiere que todos tengamos vida y vida en abundancia.. Por ello, debe ser un modelo para los educadores y un estímulo permanente para trabajar por una educación de calidad para todos y todas.

De muy poco servirá su beatificación y las celebraciones con ese motivo, si no nos esforzamos por encarnar en nuestra conducta y en nuestras vidas sus valores y no los sembramos en nuestras relaciones y en las estructuras políticas, económicas, familiares, educativas y sociales.

1.- La educación, valor fundamental para el progreso y el desarrollo personal

José Gregorio nació en Isnotú el 26 de octubre de 1864. Era el primogénito del matrimonio formado por Benigno María Hernández y Josefa Antonia Cisneros. El hombre muy trabajador y de espíritu emprendedor y creativo. Ella una mujer muy amable, generosa, servicial, esposa y madre admirable y de una fe profunda que cultivó con esmero en José Gregorio y sus otros hijos. En consecuencia, la familia sería la primera y principal escuela de José Gregorio donde además de las primeras letras y los números aprendió con la palabra y con el ejemplo, los valores esenciales. Después, estudió en la escuela del pueblo, cuyo único maestro, Pedro Celestino Sánchez, era un maracucho, que había sido marinero, y tras sufrir un naufragio en las costas de La Guajira en el que casi perdió la vida, se vino a buscar la paz y el sosiego por estos montes trujillanos.

Pronto se destacó José Gregorio sobre el resto de sus compañeros, pues ya sabía leer, escribir y las cuatro operaciones matemáticas que era lo que el maestro improvisado trataba de enseñarles. Tenía una mente muy viva y aprendía todo con rapidez. Las clases le resultaban a José Gregorio monótonas y aburridas pero disfrutaba cuando el maestro les contaba sus aventuras de marinero, las tormentas en el lago, las costumbres de los guajiros, o las fiestas de La Chinita en Maracaibo. Sus historias avivaban la imaginación de José Gregorio y le sembraban el deseo de salir de ese pueblo y

conocer otros mundos. El maestro hablaba de un modo raro, los trataba de vos, no como ellos que hablaban de usted, y su voz tenía un tono cantarín que le encantaba a José Gregorio, y que luego imitaba con los amigos entre grandes risotadas.

En los recreos y a la salida de las clases solía jugar con los amigos del pueblo a metras o volaban papagayos en las tardes de viento. Los domingos, como estaba prohibido trabajar y sus amigos no tenían que ayudar a los padres en las labores del campo, solían ir a las quebradas cercanas o hasta el río Caus y se bañaban en los pozos entre unas rocas enormes, con los que se arrancaban ese olor profundo a humo y a mugre.

Muy pronto descubrió el maestro que no tenía nada nuevo que enseñar a ese niño aplicado y muy listo, y le recomendó a sus padres que lo enviaran a otra ciudad a seguir estudiando pues podía llegar a ser alguien importante, hasta tal vez presidente del Estado o un doctor afamado.

Su padre que compartía la idea de que la mejor herencia que podía darle a su hijo era unos buenos estudios, pues los consideraba el medio esencial para salir de la ignorancia y la miseria, labrarse una vida digna y contribuir al progreso del país, se empeñó en darle a José Gregorio la mejor educación posible, lo que suponía enviarlo a la capital, a Caracas, donde estaban las mejores escuelas.

Cuando le comunicó a José Gregorio su decisión, el niño se mostró sorprendido, ansioso y muy feliz. Si bien sabía que le iba a costar mucho

arrancarse de la familia, la idea de emprender la aventura de un viaje tan increíble le llenaba de ilusión y de orgullo. Cuando les contó a sus amigos que el viaje suponía bajar al puerto de La Ceiba, cruzar el lago de Maracaibo en una piragua, agarrar un buque que le llevaría primero a Curazao, y de allí al Puerto de La Guaira, para subir luego a Caracas por ese camino de mulas y carretas que habían construido los españoles, los amigos le escuchaban con los ojos hinchados de asombro y de envidia.

José Gregorio tenía 14 años cuando llegaron a Caracas. Lo inscribieron en el colegio Villegas, de Guillermo Tell Villegas, entre las esquinas de Veroes y Santa Capilla. Era un colegio innovador, que pretendía romper con esa educación tradicional que enseñaba a los alumnos a recitar las lecciones aprendidas de memoria. El colegio pretendía, como lo ha señalado Francisco González, ese investigador apasionado de José Gregorio, “el desarrollo de la inteligencia de los alumnos, enseñándoles a pensar, a razonar y a madurar sus juicios y opiniones, para que, al egresar, estuvieran al servicio de la paz, la democracia, la libertad y la república, y adquirieran madurez de juicio, seriedad de carácter y capacidad de raciocinio”. Los profesores eran buenos y exigentes, daban ejemplo de puntualidad, responsabilidad y honestidad. Eran no sólo buenos instructores, sino educadores de los valores esenciales.

José Gregorio vivía allí, en el colegio, como alumno interno, y se entregó a los estudios con entereza y dedicación. Pronto sobresalió como un alumno aplicado y ejemplar, y se ganó el aprecio de profesores y compañeros. Obtuvo

premios en varias asignaturas y por su excelente conducta y desempeño, lo nombraron instructor de aritmética y luego Inspector General del Colegio. De este modo, con lo que le pagaban, contribuyó a pagarse los estudios y la estadía, pues durante toda su vida consideró el esfuerzo y el trabajo como valores esenciales para progresar y triunfar en la vida.

En esos años estudió además piano y armonio, y solía participar en las fiestas del colegio con su música y canciones. Los domingos y días de fiesta se dedicaba a visitar los templos y asistía a las retretas y bailes en la plaza Bolívar, pues siempre le gustó mucho el baile y llegó a ser un buen bailarín. Le encantaba visitar la enorme mansión, llena de jardines, de Ramón Azpúrua, con la ilusión de encontrarse con María Gutiérrez Azpúrua, que a sus trece años se abría a la vida como una flor esplendorosa. Desde el primer día en que la vio, José Gregorio sintió que su corazón adolescente se le desbocaba en el pecho y que un puñado de sangre caliente le subía al rostro. Solía llegar nervioso, con la esperanza de encontrarse con María, que no vivía allí pero le encantaba visitar la casa y corretear por los jardines y agarrar mangos y guayabas. Mientras esperaba que le abrieran, José Gregorio ensayaba una vez más los saludos y las cosas que pensaba decirle a la muchacha para captar su atención. Pero sentía que María no estaba interesada en escucharle y prefería corretear por los jardines, libre y bella como una mariposa que, muy coquetamente, se acercaba a él le dedicaba una sonrisa y una palabra breve y enseguida emprendía vuelo para perderse entre las flores. José Gregorio se

sentía cada día más enamorado y en las noches se bebía el trago amargo de comprender que su amor no era correspondido pues María era muy niña y solo pensaba en jugar y divertirse.

Cuando comprendió que su amor no era correspondido, José Gregorio se entregó con más empeño a sus estudios, y en 1882, a la edad de 18 años, presentó en la Universidad Central de Venezuela los exámenes para optar al título de bachiller en filosofía. El jurado de cinco miembros que lo examinó quedó tan impactado con las exposiciones de José Gregorio que le otorgaron el título de bachiller con la máxima calificación.

El primero de septiembre de 1882 se inscribió en la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad Central de Venezuela. Tenía la decisión firme de entregarse por completo a sus estudios para llegar a ser un excelente médico y así aliviar los dolores y ayudar a sanar a los enfermos. Mientras tanto, y para cubrir sus gastos en Caracas, siguió viviendo y trabajando en el Colegio Villegas.

Pronto descubrió que los estudios de medicina en Venezuela eran muy teóricos y tradicionales. Tenían que aprenderse de memoria volúmenes enteros con nombres rarísimos, de sus orígenes latinos o griegos, pero con muy escasa práctica y ausencia casi total de laboratorios e instrumentos. Y fue creciendo en él la convicción, cada vez más firme, de la necesidad de modernizar los estudios de medicina, aprendiendo de las experiencias más novedosas, sobre todo francesas, que iban a la cabeza en las innovaciones e

investigaciones en el campo de la medicina. Y se fue ilusionando cada vez más, con la idea de viajar a París, estudiar con los mejores profesores de medicina, observar sus laboratorios y hospitales, obtener los instrumentos más modernos, para luego regresar a Venezuela a implantar todo lo aprendido, y así contribuir a modernizar la medicina. Sabía que el viaje y la estancia en Francia eran muy costosos, pero él, que siempre defendió que había que conseguir las cosas con esfuerzo y con trabajo, estaba dispuesto a ahorrar todo lo posible, llevando una vida muy austera y evitando cualquier gasto superfluo,

Si bien era un estudiante ejemplar, era muy justo y no toleraba abusos ni arbitrariedades. Por eso, el ocho de noviembre de 1884, participó activamente en una protesta estudiantil y firmó una carta contra el profesor Vicente G. Guánchez. Ironías de la vida, ese profesor llegó a ser Secretario de la Universidad y le correspondió otorgarle el título de Doctor a José Gregorio.

Mientras estudiaba en la universidad y para cubrir sus gastos y los de sus hermanos, siguió trabajando en el Colegio Villegas, daba clases particulares, se confeccionaba él mismo sus propios trajes y llevaba una vida muy austera. Para completar su formación académica pues había aprendido con la parábola de los talentos que debía desarrollar todos los dones que Dios le había dado, siguió estudiando idiomas: inglés, francés, portugués, alemán, italiano y latín, y leía todos los libros y revistas de ciencia, filosofía y medicina que llegaban a sus manos. También alimentaba su espiritualidad con la oración diaria, la

recepción frecuente de los sacramentos y la lectura de libros religiosos y de teología.

El 29 de Junio de 1888, Día de San Pedro y San Pablo, con tan solo 24 años, José Gregorio rindió su examen para optar al título de doctor en medicina ante un jurado compuesto por cinco profesores muy exigentes. Dado su prestigio de ser el mejor estudiante de la Universidad, asistió al examen numeroso público y eminentes personalidades como los senadores del Gran Estado de los Andes y varios diputados. Fue tal la claridad y brillantez con que José Gregorio respondió a cada una de las preguntas del jurado, que el Secretario de la Universidad, Dr. Vicente G. Guánchez, no pudo dominar su emoción, y rompiendo el protocolo gritó: “Aprobado ¡sobresaliente por unanimidad”. Uno años antes, y como ya sabemos, José Gregorio había participado en una manifestación que organizaron los estudiantes contra dicho profesor.

Cuando el Rector de la Universidad Doctor Aníbal Dominici, otorgó el título de Doctor en Medicina a José Gregorio, a quien apreciaba muchísimo, exclamó emocionado: “Venezuela y la Medicina esperan mucho del Dr. José Gregorio Hernández”.

2.- Formarse con los mejores médicos del mundo para mejorar la medicina en Venezuela.

Después de ejercer un tiempo la medicina por Isnotú y otros pueblos en Los Andes, y de haber palpado prácticamente el retraso y la pobreza de la medicina en Venezuela, renacieron con más fuerza sus anhelos de formarse con los mejores médicos del mundo para contribuir a la modernización de la sanidad. Y cuando menos lo esperaba, le ofrecieron a José Gregorio la oportunidad que había soñado durante toda su vida: viajar a Francia a formarse con los mejores médicos del mundo. Era entonces presidente Juan Pablo Rojas Paúl, de ideas progresistas, que estaba empeñado en mejorar la situación de la medicina. Buscaban a algún médico eminente, que dominara el francés, y estuviera dispuesto a viajar a Francia y dedicarse por entero a su formación, para que, al regreso, aplicara los conocimientos adquiridos, modernizara los hospitales y las cátedras universitarias de medicina, y trajera también los instrumentos y aparatos más modernos.

El juicio del Dr. Calixto González, que conocía bien las cualidades de José Gregorio y lo valoraba por su honestidad y entrega, fue determinante para que el joven médico que había sido el mejor estudiante y mostraba una increíble avidez por aprender, fuera seleccionado para ese viaje tan importante para el futuro de la medicina en Venezuela. El Dr. González era un hombre muy preparado y gozaba de gran reputación en el Gobierno. Había sido discípulo del Dr. José María Vargas, médico, científico, profesor de la

Universidad Central de Venezuela, y el primer presidente civil de Venezuela. González estaba empeñado en mejorar la salud en el país y presidió la Junta de Médicos para la creación de un hospital nacional, moderno y funcional, al estilo de los mejores hospitales de Francia, que fue inaugurado en 1891 y bautizaron con el nombre de José María Vargas.

El viaje a Francia duró más de un mes. A José Gregorio el tiempo se le hizo muy largo, pues ardía en deseos de conocer a los mejores especialistas, visitar los hospitales, la Universidad y el Instituto Pasteur para aprender todo lo posible. Le habían asignado una beca de 600 bolívares, que utilizaría con total honestidad para sacarle el máximo provecho. El barco en que viajaba hizo escalas en La Habana y en Vigo, antes de llegar al puerto Le Havre en Francia. De allí, se dirigió en ferrocarril a París y se fue bebiendo con avidez el verdor fértil de la campiña francesa.

En París se estableció en una pensión del Barrio Latino, y al día siguiente, se presentó al profesor Mathías Duval y le mostró las cartas de recomendación que llevaba consigo. Era otoño de 1889, José Gregorio tenía tan sólo 25 años y un futuro muy promisorio por delante.

El profesor Duval le enseñó a José Gregorio el uso del microscopio, a seccionar los tejidos y le asomó a los misterios de la fecundación. De otros profesores aprendió a conocer y clasificar las bacterias y los trastornos que producen, a esterilizar, y el profesor Claude Bernard, el mejor médico experimentalista de Francia en el siglo XIX, le sembró la convicción de la

necesidad de introducir en Venezuela la medicina experimental para observar y diagnosticar las enfermedades comunes, y examinar los tejidos enfermos.

Pronto fue conocido y admirado por sus ansias de aprender, por su dedicación, por su inteligencia y por su caballerosidad. Dominaba muy bien el francés, leía las revistas científicas en otros idiomas, especialmente el alemán, y pronto su figura diminuta se volvió cotidiana entre los laboratorios, los hospitales y las cátedras. El profesor Charles Richet se expresó así de José Gregorio: “El Doctor Hernández ha trabajado en mi laboratorio y seguido mis cursos con mucho celo y asiduidad. Quiero así dar un testimonio de su ardor por el trabajo”.

Estando en París recibió la dolorosa noticia de que su padre Benigno había muerto en marzo de 1890. Al leer la carta, sintió que se le desgarraba el alma pues siempre fue un hombre que amaba mucho a la familia, y buscó en la oración el consuelo a su corazón atribulado. Al culminar sus estudios en París, su insaciable hambre de aprender lo llevó a Berlín y a Madrid, donde conoció a prestigiosos científicos de la época.

Antes de regresar a Venezuela, escribió una comunicación oficial al Ministerio de Instrucción Pública solicitando los recursos necesarios para comprar los libros e instrumentos imprescindibles para modernizar la medicina en Venezuela. Por fin, tras un tiempo de nerviosa e impaciente espera, el 21 de abril de 1891, el consulado de Venezuela en París, le notificó que disponía de los 12.885 bolívares que había solicitado para las compras imprescindibles.

En septiembre de 1891, emprendió su regreso a Venezuela. Hacía solo un par de meses que habían inaugurado el moderno hospital José María Vargas, y él regresaba deseoso de poner todos sus conocimientos al servicio de la medicina. El nuevo Presidente era entonces Raimundo Andueza Palacios, y José Gregorio esperaba que continuaría las políticas modernizadoras de su predecesor.

No se había equivocado José Gregorio. De hecho, el presidente, unos meses antes de ser derrocado por Joaquín Crespo, creó por decreto nuevas cátedras en el área de medicina, que dado su prestigio y formación, se las asignaron a José Gregorio.

3.- Médico generoso y profesor responsable y admirado

A partir de 1892, empezó a compartir su tiempo en la práctica de la medicina, la investigación científica y su labor docente como profesor de la Universidad Central de Venezuela. Fundó el Instituto de Medicina Experimental, el laboratorio del hospital Vargas e impulsó con tal firmeza la renovación de las prácticas médicas, que es considerado el padre de la medicina moderna en Venezuela.

Acostumbraba levantarse muy temprano, hacía un rato de oración, acudía a una misa tempranera en la que comulgaba, tomaba el desayuno que le preparaba todas las mañanas su tía María Luisa y salía a visitar enfermos en sus casas o en el hospital. El resto del día lo pasaba atendiendo las consultas,

o dando clases en la Universidad, clases que preparaba con mucha dedicación y esmero. Después de la cena solía dedicar varias horas a la lectura de obras científicas y también espirituales, pues estaba empeñado en formarse permanentemente no sólo en el campo profesional, sino también como un cristiano comprometido en seguir con radicalidad a Jesús. De hecho, admiraba y leía también a los grandes místicos de la Iglesia como Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, Santa Catalina de Siena, y otros, como lo reconoce en su libro “Elementos de Filosofía”, que es una excelente confesión de su filosofía de vida y de sus convicciones humanas y espirituales. Compartía con los místicos su capacidad de ver en todo, desde la inmensidad de las galaxias hasta la pequeñez de la célula, la presencia amorosa de Dios, y le fue brotando el deseo de dedicarse por completo a la vida contemplativa.

En la Universidad, los alumnos lo admiraban y querían mucho, a pesar de que tenía fama de exigente. Les impresionaba mucho su erudición, su puntualidad extrema, su responsabilidad, sencillez y cercanía a pesar de ser una eminencia. Trataba de enseñarles no sólo medicina, sino humanidad, transmitirles los valores humanos esenciales con el ejemplo. No toleraba la mediocridad ni la vagancia. De hecho, se cuenta que en cierta ocasión, se encontró con uno de esos estudiantes que se la pasan mariposeando por la universidad y se eternizan en ella sin estudiar ni mostrar interés en aprender. José Gregorio lo enfrentó y le preguntó con firmeza: “Bachiller ¿cuál es su profesión?”. “Estudiante”, le contestó el joven con firmeza. José Gregorio lo

atravesó con una de sus miradas más penetrantes y le dijo; “Y si esa es su profesión, ¿por qué no la ejerce?”.

En cuanto a su responsabilidad, sus biógrafos señalan que, cuando murió su queridísima hermana Josefa Antonia, a pesar de su tristeza y dolor, pues José Gregorio fue siempre un hombre que amaba mucho a su familia, al llegar la hora en que tenía que ir a la universidad a dar su clase, tomó su sombrero y salió ante el asombro de todos. Terminada la clase, volvió a juntarse al velorio de su hermana, y a las tres de la tarde volvió a salir a dar su clase para luego integrarse al funeral.

Si bien José Gregorio fue durante toda su vida un hombre de una fe católica muy sólida y defensor de la doctrina de la Iglesia, siempre respetó las ideas y convicciones opuestas. Cuando el Dr. Razetti, un muy afamado médico e intelectual, que también se había formado en Francia, pretendió que todos los profesores universitarios asumieran la tesis del evolucionismo que desde que Charles Darwin publicara su obra “El origen de las especies”, se consideraba una especie de biblia en el mundo científico, José Gregorio defendió con valor su visión creacionista. Incluso consideraba anticientífico imponer un determinado pensamiento por motivos ideológicos, cuando el papel de la ciencia era la búsqueda objetiva del conocimiento. Además, José Gregorio, adelantándose muchos años a la posterior postura de la Iglesia, no veía contradicción entre creacionismo y evolucionismo. Afirmaba que Dios intervino en el origen de la existencia, y que luego fue guiando el proceso

evolutivo, desde las formas más simples, hasta las más complejas, incluyendo la vida humana.

Si, cada vez José Gregorio era más admirado por su prestigio como científico y médico eminente, y por su valor en mantener con firmeza sus convicciones, pronto comenzó a ser admirado y querido por su generosidad y su capacidad de atender a cualquier enfermo sin importar la hora ni su condición social. De hecho, pronto se propagó la noticia de que no cobraba a los que no podían pagar la consulta y que incluso les regalaba las medicinas. Durante toda su vida, José Gregorio buscó la excelencia académica y humana no en su provecho, sino para poder derrotar las enfermedades y atender mejor a sus pacientes. Pero como pasaron los años y sintió que necesitaba actualizarse, viajó otra vez al encuentro de los mejores especialistas para renovarse y aprender de ellos los últimos avances de la medicina.

Tras dejar a cargo de sus cátedras al doctor Domingo Luciani, en marzo de 1917 se embarcó para Nueva York con la ilusión de ampliar y reeditar su obra médica fundamental “Elementos de Bacteriología”. No lo logró por su ajustada situación económica, y a los tres meses, partió para Madrid. La capital española le causó muy grata impresión no tanto por sus parques, avenidas, monumentos o edificios, sino por la cantidad de iglesias, y el número de misas que se celebraba en ellas. En Madrid asistió a algunas clases del Dr. Santiago Ramón y Cajal, que en 1906, había recibido el premio nórdico de medicina por sus descubrimientos sobre la estructura del sistema nervioso y el papel de las

neuronas. De vuelta en Nueva York se hizo tomar una fotografía que se haría muy famosa y recoge la imagen con la que se suele representar a José Gregorio y que puebla todos los rincones de Venezuela: traje oscuro, pañuelo asomando en el bolsillo de la chaqueta, corbata ancha y cuello duro, sombrero de ala estrecha, cara redonda con amplio bigote, mirada penetrante y las manos recogidas en la espalda.

A su regreso a Venezuela, fue el primer profesor que enseñó a los alumnos la toma de la tensión arterial, y muy pronto debió dedicar todos sus conocimientos y energías a combatir la gripe española, una terrible pandemia que dejó en el mundo unos 50 millones de muertos, que se cebó también con fuerza en Venezuela, donde ocasionó unos 25.000 muertos, aproximadamente el 2 por ciento de la población.

4.- El valor de educar

La educación es la suprema contribución al futuro de la humanidad puesto que tiene que contribuir a prevenir la violencia, la intolerancia, la pobreza, y la ignorancia. Una población bien educada es crucial si queremos tener democracias prósperas y sociedades fuertes. La educación es el pasaporte a un mañana mejor. En la actual sociedad del conocimiento, la carrera económica, cultural y geopolítica pasa a ser una carrera entre sistemas educativos. La fortaleza de un país radica en el grado de educación de sus ciudadanos. En consecuencia, a todos nos conviene tener más y mejor

educación y que todos los demás la tengan. La carencia de este bien lleva a las sociedades al fracaso. De ahí que el profundo colapso de la educación en Venezuela se traduce en subdesarrollo, violencia, marginalidad y ruptura de la convivencia.

La educación es un derecho humano y social del que todos deben disfrutar en igualdad de condiciones, pues el cumplimiento de este derecho va a posibilitar el disfrute de los otros derechos esenciales. En consecuencia, el derecho a la educación implica derecho de todos no a cualquier educación, sino a una educación integral de calidad. Una pobre educación para los pobres reproduce la pobreza, y en vez de contribuir a democratizar la sociedad, agudiza las diferencias y agiganta las desigualdades. Y esto es lo que está sucediendo en Venezuela, donde el abandono por el Estado de los servicios públicos ha ocasionado que sólo un grupito de privilegiados y enchufados disfruten de ellos. Las políticas estatizadoras, y las proclamas inclusivas e igualitarias han profundizado, como nunca antes, las desigualdades y los abismos sociales, y han reducido a la miseria a las mayorías.

Si la educación es un derecho, es también un deber humano fundamental, lo que implica que todos somos corresponsables y debemos colaborar para que este derecho se cumpla, lo que supone que todos debemos levantar nuestras voces y unir nuestras manos para rescatar a la educación y garantizar a los educadores un salario que les permita vivir con dignidad y seguirse formando. La defensa de los derechos humanos para todos se

convierte en el deber de todos de hacerlos posibles. Resulta de un gran cinismo proclamar derechos y mantener unas condiciones de vida que impiden su realización. Mientras no pasemos de los derechos a los hechos seguiremos aturcidos por una retórica complaciente, estéril y empobrecedora.

El Estado, que representa el interés común y ejerce un poder conferido por la sociedad, debe garantizar que el derecho a la educación de calidad se cumpla en términos de equidad, lo que implica compensar las desventajas de los más pobres para que las diferencias de origen no se conviertan en desigualdades. Es evidente que el Estado que ha permitido el colapso de la educación pública en todos sus niveles y ha convertido a los educadores en mendigos, está raspado en educación. Nos toca exigirle que asuma su papel de gobernante, que deje de culpar a los demás de su fracaso y retome su papel de educador. A su vez, nosotros debemos estar dispuestos a apoyar toda iniciativa orientada a mejorar la educación, pues se trata, nada más y nada menos, de salvar a Venezuela y garantizarnos a todos una vida digna y en paz.

Por ello, no podemos resignarnos ni rendirnos. Estamos en la sociedad del conocimiento y hay un consenso generalizado a nivel mundial de la importancia de la educación como columna para la convivencia y el progreso. Para la reconstrucción de Venezuela y la gestación de un mundo mejor, los educadores somos imprescindibles. Por ello, si bien la crisis del país ha llevado a desprestigiar y abandonar la educación, no podemos ir contra la historia y

vendrán pronto días en que la educación de calidad para todos pondrá los cimientos sólidos para una Venezuela próspera, productiva y en paz, y el educador será reconocido y valorado como se merece. A su vez, los educadores debemos asumir el liderazgo educativo que nos corresponde.

Los líderes innovan, crean y recrean, promueven la iniciativa y la creatividad. No se amilanan ante las dificultades, no se acobardan ante los problemas, sino que los enfrentan con decisión y coraje y asumen cada día con entusiasmo la tarea apasionante de ayudar a desarrollar las potencialidades de cada estudiante para que logre alcanzar su plenitud. Los educadores como líderes debemos ser militantes de la ilusión y de la esperanza, capaces de contagiarla a otros. Capaces también de diseñar (soñar y diseñar) una Venezuela próspera, pacífica y fraternal, y de arriesgarnos en la construcción de nuestros sueños. En definitiva, liderar es servir.

Como me gusta repetir, en educación hace falta pasión. Quien vive con pasión, despierta pasiones. Pasión por la educación, pasión por Venezuela y pasión por reconstruirla y sacarla del abismo en que se encuentra.

Por ello, apoyados por José Gregorio y asumiéndolo como modelo a seguir, asumamos creativamente las crisis y trabajemos por la educación necesaria, que pueda contribuir a gestar un país y un mundo más humanos. La covid19 ha puesto de manifiesto muchas de las carencias de nuestra sociedad y, en especial, de la educación. Esta pandemia ha señalado su fragilidad, la brecha de desigualdad que existe entre nuestros alumnos y el escaso poder de

innovación que posee nuestro sistema educativo. Ante esta realidad, urge que reflexionemos y nos planteemos en serio cómo educar en estos tiempos tan inciertos e inseguros. No es fácil responder una pregunta tan seria, pero pienso que en primer lugar, habría que hacer todos los esfuerzos necesarios para garantizar a todos educación que es el medio esencial para el desarrollo personal y social.

Esto exige defender la educación pública, de calidad, como derecho fundamental y combatir la mentalidad que quiere hacer de ella una mercancía. La educación moldea vidas. La cantidad y calidad de la educación que una persona recibe influyen en su productividad, sus ingresos y su bienestar. Junto a esto, debemos abandonar de una vez esa educación que enseña a responder preguntas intrascendentes y ajenas a la realidad e inquietudes de los estudiantes, y trabajar por una educación que nos enseñe a interrogar permanentemente la realidad de cada día para descubrir los mecanismos de opresión y discriminación, y promueva el pensamiento crítico y autocrítico.

Educación que nos enseñe no a repetir información, sino a procesarla y analizarla. Educación para resolver problemas, que nos enseñe a desaprender, aprender y reaprender permanentemente; que promueva más que la enseñanza el aprendizaje continuo. Educación que se integre y articule cada vez con mayor firmeza con las familias y las comunidades. Educación que reflexione sobre el uso poco adecuado y la excesiva mitificación de las tecnologías, que tiene el peligro de generar adicción y dependencia y fomentar

una educación bancaria, transmisiva y no una educación que promueve el pensamiento crítico, el aprendizaje y coaprendizaje permanentes, el diálogo de saberes. Hoy, por lo general, las tecnologías se están utilizando de un modo transmisivo, como los antiguos pizarrones o libros de texto. Es urgente que nos atrevamos a utilizar las tecnologías para la autonomía en el aprendizaje y para una vida más libre y comprometida. Por ello, la dotación de tecnologías debe ir acompañada de formación pedagógica para garantizar un uso apropiado de ellas, lo que supone una crítica profunda de cómo las utilizamos, tanto a nivel escolar como a nivel personal, y si en verdad están propiciando la profundidad y la autonomía.

Pero más allá de todo esto, la educación debe retomar con fuerza su esencia humanizadora y orientarse a la formación de los valores humanos esenciales que nos permitan realizarnos como auténticas personas, convivir con los otros diferentes, y defender la vida humana, animal y vegetal donde quiera que esté siendo amenazada, maltratada y destruida. Educación que considere la diversidad como riqueza, fortalezca la cultura democrática, y combata los comportamientos racistas, discriminatorios y excluyentes.

De ahí la necesidad de una educación que promueva el pensamiento crítico, el desarrollo de habilidades comunicativas y creativas, las capacidades para sustentar la disciplina del aprendizaje continuo y del trabajo en equipo, y sobre todo, la formación humana. Educación que enseñe a conectar corazón,

cuerpo y cerebro y cultivar el mundo interior. A desarrollar una inteligencia emocional y espiritual que permita comprender y transformar las emociones y entender los sentimientos de las personas y desarrolle la empatía y la comprensión.

Educación en breve que nos enseñe a vivir, a convivir con los otros diferentes y con la naturaleza y a dar la vida para que todos tengan vida en abundancia. Y eso fue, en definitiva, lo que hizo José Gregorio y debemos intentar hacer nosotros si queremos que su beatificación contribuya a transformar la educación y gestar una Venezuela y un mundo mejores.